

III
CIVISMO

18

RAFAEL AREVALO GONZALEZ



En la dolorosa sucesión de pronunciamientos, usurpaciones, claudicaciones y traiciones, signadas por el denominador común de la violencia, que llenan un siglo de historia venezolana, la figura de Rafael Arévalo González tiene una significación muy especial. Dedicó su vida fundamentalmente a luchar contra la tiranía, sin otra arma que su pluma, sin otra fuerza que la autoridad moral de su palabra y su irreductible actitud de patriotismo e insobornable decoro. Este apóstol del civismo nació en Río Chico, Estado Miranda, en 1866, y murió en Caracas en 1935. Escritor y periodista, fue sobre todo un idealista esclarecido y un valiente defensor de los principios democráticos. Mantuvo una irreductible rebeldía, pese a los largos años que pasó en la cárcel por el único delito de mantener una posición principista frente a la tiranía. El artículo que aquí se inserta fue publicado en la sección "Consignas" en el diario El Gráfico, en Caracas, el 23 de abril de 1950.

Es verdaderamente extraña la figura de Rafael Arévalo González en la ruta tormentosa de nuestra historia. Porque su fuerza no estriba en los factores que destacaron a sus contemporáneos. No se puede decir que fue un estadista, porque no tuvo oportunidad de exponer ni ensayar un sistema de gobierno. Ni fue tampoco el creador de una doctrina, ni el organizador de un movimiento. Él fue la voz de la conciencia nacional. Fue la expresión de secular anhelo. Fue la vivencia de una rebeldía y al mismo tiempo —en la época del pesimismo máximo en la historia política del país— afirmación de fe en un ideal. Como “una insigne tontería” juzgaron los “positivistas” (esto lo recoge y fulmina en sus célebres *Memorias* José Rafael Pocaterra) su gesto de proclamar candidato a Félix Montes sólo para que no se dijera que no hubo quien ejerciera el cívico derecho. Porque, detrás del editorial de *El Pregonero* no había ningún plan conspirativo, ni existían fuerzas de ningún género para respaldarlo. Pero aquella “insigne tontería” y las que seguiría cometiendo, casi hasta el borde de la tumba, fueron el “¡presente!”, dado por el espíritu de la patria aherrojada, en plena oscura noche, que parecía no tener fin.

Sorprende aquella constancia invencible, acorazada en la mera expresión de los principios. Sorprende que no hubiera sentido tentación de probar él también el vino espirituoso de las guerras civiles. Como Sócrates, él prefirió beber hasta la última gota un veneno que no merecía.

Nada hizo por colocar sus plantas en seguro exilio. Nada, por levantar el viejo espíritu de montonera. Solo con su conciencia, se sintió depositario de un deber distinto. Después de haber saboreado hasta el colmo las cárceles de la tiranía, todavía tenía valor para pedir a Gómez, en telegrama de altiva dignidad, la libertad de los estudiantes del 28. Sus huesos iban a dar nuevamente al calabozo, pero él tenía fe de apóstol. Se supo entregar, en oblación larga y cruel, mil veces más dolorosa que la del que cae en un momento de combate, a una causa que juzgaba eterna. Era su convicción cristiana la que nutría ese caso insólito de amor en holocausto por la patria.

Rafael Arévalo González debía tener un alma sencilla. Sus escritos son límpida expresión de un sentimiento. Ausente, la rebuscada frase de convencional sonoridad. Lejos, la artificiosa exposición de planes programáticos. Era una sola idea. La patria venezolana como objeto de devoción, en plano de excelcitud. Una patria noble, libre y cristiana, para la cual quería un noble, libre y cristiano destino.

Pero lo más admirable de él fue su convicción inquebrantable de que ese destino habría de venir. Optimismo incurable, sería incomprendible si no se le midiera en su proyección infinita, cuya medida no podía encerrarse en el límite estrecho de una oportunidad cualquiera. Optimismo elocuente y ejemplarizador. Porque no era el sueño loco de un muchacho, tan hermoso en su ámbito como fugaz en su intento de realización. No era el tributo que otros habían ido pagando a una ilusión, para desprenderse de ella cuando fueron derrotados por la realidad social. El mérito de Arévalo González es ése. Mientras los años van madurando más su dolorido espíritu, la fe en el mejor destino de la patria se va acentuando más en él. Perdida la esperanza de derrocar a Gómez, él tiene la seguridad de que el gomecismo —el sistema— no podrá sobrevivir al Dictador. Y cuando algunos planeaban el recurso de fuerza, que parecía la única salida, él salía al paso, con acento mesiánico, predicando que no sería la recaída en las aventuras estériles el camino de la salvación nacional. Su carta a Castro —al Castro derrotado, convertido en potencial caudillo de una revolución contra Gómez— fue ratificación de ese concepto. El, a quien más que nadie podía considerarse en Venezuela justamente agraviado, no quería que Gómez cayera por la fuerza. Sabía que este camino sólo derrocaría a la persona, pero difícilmente pondría fin al sistema.

Parecía trasnochado en sus divagaciones, cuando era un intuitivo de la más honda realidad.

Negro habría debido ser el pesar de su alma, si esa luz de esperanza no hubiera estado brillando continuamente en su interior. Presentía la seguridad de una transformación. La sabía. Ya no esperaba verla, y no tuvo siquiera el consuelo de gozar algunos meses más de vida, para observar los atisbos del nuevo prolongado proceso que con los últimos días de 1935 íbamos a comenzar a vivir. Pero llevaba la honda convicción de que los tiempos iban cambiando la fisonomía de los pueblos. Y de que un nuevo Gómez no podría darse, y en caso de darse, no podría subsistir.

Amargaron sus últimos años dolores con los cuales no contó. Su última prisión fue especialmente dura. Acostumbrado al trato de los carceleros, no sospechaba que en sectores de las generaciones nuevas, depositarios de la esperanza mejor de la patria,

podiera prender y hacer tantos estragos el marxismo. El, que hubiera tenido justificación para odiar, no podía comprender la venenosa doctrina del odio social. Con la misma erguida estatura de su protesta contra la tiranía, hizo frente al peligro que empezaba a observar en las conciencias. Cuánto hubo de arrosar, nos lo han contado algunos de sus compañeros de presidio; nos lo mostró algún episodio que no debió haber ocurrido y en el cual, después de la muerte del General Gómez, no se tuvo el respeto debido a su memoria; nos lo dice el silencio guardado por algunos ante el recuerdo de quien fue paladín de prensa libre y pensamiento libre en Venezuela. Pero, también entonces, en la lucha más dura, supo ser fiel a aquella patria que era novia de sus sueños y a la que temía ver hecha jirones por excesos del materialismo dialéctico.

La lección de Arévalo González está en pie. El momento que le tocó vivir fue el de un cansancio emocional por un proceso de destrucción interna. Los dos grandes partidos históricos habían dejado de ser, desde el momento en que olvidaron su responsabilidad y su deber para entregarse a las fauces hirvientes de la montonera y al vivac infecundo, o claudicar en el interesado pacto de oblación a los caudillos vencedores. Estaban relajados los resortes en cuya subsistencia se afinca la vitalidad de un pueblo. El tuvo el acierto de mantener la voz cuyo acento no pudo silenciar la mordaza. Esa voz continúa y continuará vibrando en la conciencia de Venezuela. El recuerdo de su sacrificio ha de servir como una razón más para construir y defender, para no perder la visión del camino, para no aflojar el ánimo por el encuentro de dificultades. No está cancelada, no, la deuda que tienen con él las nuevas generaciones venezolanas. Honremos a Arévalo González, repitiéndonos una y otra vez el compromiso de ascender y construir.

19

ANDRES ELOY BLANCO



Cuando entramos a la Universidad, ya para nosotros era Andrés Eloy Blanco un motivo de admiración profunda, por su talento, por la belleza de sus versos, por su condición de perseguido político. Después nos tocó combatir en frentes opuestos. Nos encontramos en el Congreso en las jornadas políticas de 1941. Allí se inició una amistad que fue para mí inestimable. En la ocasión de su trágica muerte escribí un artículo que debía aparecer en la revista Elite, pero fue retenido por la censura. Copiado de mano en mano, lo publicó el diario Excelsior de México y desde 1958 se difundió en Venezuela. Andrés Eloy Blanco nació en Cumaná el 6 de agosto de 1897 y murió en México, en un accidente de tránsito, el 21 de mayo de 1955. Además de su extraordinaria obra poética y sus abundantes trabajos en prosa, fue un destacado político, brillante orador y ágil parlamentario. Padeció cárcel y exilio. Presidió la Asamblea Nacional Constituyente instalada el 17 de diciembre de 1946 y fue Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Don Rómulo Gallegos.

Deja Andrés Eloy Blanco tras de sí un hermoso testimonio poético. Sus versos, que ya desde los días del *Canto a España* corren de labio en labio, seguirán viviendo como una emoción pura, expresada con tersa limpidez. En su obra, la selección la irá espigando, no el rigor doctrinario de los críticos sino el sentimiento de las gentes sencillas. Porque ellas fueron siempre, en el fondo de su creación poética, el destinatario de su obra. Hizo intentos, sin duda, de incorporarse a los nuevos estilos literarios: pero no porque llegara a identificarse con ellos, sino porque quería demostrar que tenía talento también para triunfar dentro de ellos, todo para justificar y revalorizar su obra genuina ante el posible menosprecio de una moda que les atribuyera importancia menor.

Invitado por él, una tarde asistí en el Ateneo de Caracas al bautizo de una de sus obras circunstanciales: *Baedeker 2000*. Pero de allí salí más firmemente convencido de que Andrés Eloy Blanco el poeta esencial era el de *Poda*. Y creo que él también lo comprendió así; y el buscarse a sí mismo, aunque adornado con expresiones de las nuevas tendencias, fue su suprema afirmación en *Giraluna*, donde, según la expresión de Gallegos, estampó “versos que parecen despedida y testamento”.

De *Poda* a *Giraluna*, su poesía exquisita va reflejando afectos que no puede menos de sentir quien la lea. Esos afectos, que empiezan en la madre y van hasta los hijos, se expresaron siempre con una altura que da perennidad a sus palabras y las libera de la escoria de las contingencias. Testamento, sí, pero además en el sentido de “testimonio”: testimonio de lo que fue el poeta, de lo que amó el poeta, de lo que el hombre cultivó dentro de sí desde su fulgurante adolescencia hasta el trágico instante de volver a las manos de Dios. Y quien no quiera reconocer esa unidad, que diga, por ejemplo, si no es una sola emoción la que se vertió en el recuerdo de la madre “a un año de su luz” y la que se derrama en alguna estrofa de “las uvas del tiempo”:

*¡Yo estoy tan solo, madre,
tan solo!, pero miento, que ojalá lo estuviera;*

*estoy con tu recuerdo y el recuerdo es un año
pasado que se queda.*

Testimonio, en fin, que quiere resumir en una línea la definición de la vida, y a fe que difícilmente puede lograrse una mejor que la que a sus hijos ofreciera:

Vivir es desvivirse por lo justo y lo bello.

Otros harán, con más autoridad en el campo de la literatura y de la crítica, un exhaustivo análisis de la personalidad del poeta. Yo quiero hoy, ante el dolor sincero de su muerte, ofrendarle el homenaje de una amistad forjada en el combate desde posiciones opuestas, y que pudiera ser ejemplo de cómo se puede luchar ardientemente sin negar el deber común de salvar lo fundamental que a todos nos vincula y obliga.

De poeta a orador parlamentario

Conocí a Andrés Eloy Blanco en el Congreso. Cuando fui Diputado, en 1941, ya él era veterano en el ajetreo parlamentario. Antes del 36 lo había encontrado, quizás, alguna vez, en alguna fiesta social donde le expresaría la admiración de nuestra generación adolescente por su obra literaria, en la cual encontrábamos admoniciones como ésta:

*nuestros mayores
nos agradecerán seguramente
hablar menos de ellos y hacer más por su Idea.*

Pero luego había sido el discurrir atormentado de los cauces opuestos, el defender desesperado de las convicciones frente a una avalancha arrolladora dentro de la cual él parecía. Todo nos separaba. Veinte años de edad es mucha diferencia en un país donde se vive tan aprisa. Un cerro de papel y ruido había colocado entre ambos una inmensa muralla. Mas nació la amistad. Y perduró, sin que para ello hubiera cesado la lucha.

Recuerdo el origen extraño de aquella vinculación personal. Se había discutido vivamente un proyecto de ley. El Gobierno se empeñaba en pasarla y la oposición en torpedearla. La obstrucción parlamentaria se expresaba en interminables debates; el alicate no existía y los sostenedores de la ley optaron por prorrogar

indefinidamente las sesiones, que se levantaban clareando la mañana. La situación parecía insostenible, cuando algunos diputados logramos resolver el impasse proponiendo un pacto de caballeros. Mala fortuna tuvo el pacto: unos lo infringieron abiertamente; otros, en el momento de cumplirlo, se esfumaron, y aparecieron para ultimar su muerte algunos que no habían concurrido en el momento de sellarlo. Hice entonces lo que cualquier hombre de honor tiene que hacer: defender encarecidamente el pacto y reclamar lo que exigía el prestigio de la institución parlamentaria. Mi posición quedó desde ese momento definida. Y una de las noches siguientes, repicó en mi casa el teléfono. Desde una reunión de amigos, me estaban llamando para anunciarme que Andrés Eloy Blanco quería hablarme; y así, por medio del teléfono, me ofreció el gran poeta su amistad, que había de perdurar en medio de la lucha de corrientes adversas que ambos representábamos.

Como orador parlamentario, era de extraordinaria vivacidad. La multiplicidad de su talento soportó victoriosamente aquel cambio de oficio. La polémica política era lo más lejano que podía suponerse del poeta de *Poda*. Pero la ensayó, y en ella pudo rubricar los brillantes destellos de su ingenio.

Cuando charlábamos en la intimidad de los recesos, con frecuencia le expresé mi opinión de que su género parlamentario no estaba hecho para la oposición, sino para el gobierno. El orador de oposición tiene que transmitir en sus palabras el dramatismo de una angustia: su función es la de hacer presente una inconformidad que vibra en el corazón de mucha gente. El vocero gubernativo tiene que proceder de otro modo: ha de dar la impresión de que no hay problema insoluble; debe refrigerar los ánimos cuando más tensos sean; y una salida amena es capital inapreciable para volver la paz a los espíritus cuando más enconados se hallen en agria disparidad.

Por aquel entonces ambos hacíamos oposición, aunque desde zonas divergentes. Coincidimos en algún caso, como al salvar el voto al Tratado de Límites, aun cuando las opiniones se expresaron también entonces en textos diferentes. Y cuando terminaba mi período parlamentario, en 1944, en plena discusión de la reforma constitucional emitió sobre mí generosas palabras, que hoy quiero agradecer de nuevo ante su tumba abierta lejos de la patria. Poco después de aquella etapa volvimos a encontrarnos, él ya desempeñando el papel que a su estilo parlamentario estaba reservado.

De pronto, el destino había colocado a su partido en el poder político. Dificilmente grupo alguno podrá tener una oportunidad tan feliz como aquella. Todos volvían sus ojos al ensayo; y por si fueran pocas las circunstancias que contribuían a favorecerlo en el ánimo público, para colmar su popularidad tenía consigo, juntos (caso tal vez sin igual en el mundo) a un novelista popular de la estatura de Rómulo Gallegos y a un poeta popular de la talla de Andrés Eloy Blanco.

No fue tranquilo, sin embargo, el clima en que se reunió la Asamblea Constituyente de 1946. Catorce largos meses habían pasado y en ellos había habido ya choques, medidas de emergencia, incidencias diversas que la Nación conoce. La campaña electoral fue agitada. En Caracas se abrió con los hechos sangrientos de ataque a nuestro mitin del 18 de junio. Y ya elegida la Constituyente, seis días antes de reunirse, un movimiento de importancia había ocurrido el 11 de diciembre.

El clima estaba preparado para que la Asamblea degenerara en hechos de violencia. Hoy, viendo a la distancia aquel agitado panorama, resalta la elevada función pacificadora que desde su curul de Presidente tocó desempeñar al Representante Andrés Eloy Blanco.

Desde el primer momento, él fue el resquicio de comprensión necesaria para que aquel cuerpo desempeñara su función, su función primordial, la de debatir ante los oídos del pueblo venezolano las cuestiones fundamentales de su organización política, que hasta entonces le habían sido total o parcialmente ajenas. Andrés Eloy lo comprendió así. Por él pudo lograrse que se transmitieran las sesiones a través de la radio. El influyó, como ninguno, en mantener la unidad orgánica de un cuerpo dividido en fracciones ardientemente opuestas. Y cuando la violencia verbal hacía parecer imposible la permanencia de la minoría en el seno de la Asamblea, él buscaba en los inagotables recursos de su talento la manera de echar, sin aparecer desautorizando abiertamente a sus más apasionados compañeros, un refrigerio sobre el espíritu atormentado de la Cámara, que era un eco del espíritu angustiado de la Patria.

Diez meses duraron las reuniones de aquella histórica Asamblea. Los oídos estuvieron pendientes de aquellos micrófonos, por los cuales se discutieron los grandes problemas de la vida venezolana. A punto de interrumpirse el diálogo, en más de una ocasión, es de justicia proclamar que al fino temperamento de Andrés Eloy Blanco, a su cultura, a la simpatía que en un gesto oportuno

se sabe ganar, se debió en gran parte el que males mayores pudieran evitarse.

En el seno de la Constituyente, se afanaba en mantener todo el grado de cordialidad posible. De pronto, un ujier de la Cámara se acercaba a uno de nosotros con un papelito escrito a lápiz. Era una estrofa humorística que Andrés Eloy acababa de improvisar y nos enviaba por darse el gusto de vernos sonreír.

Una vez por ejemplo, en un largo debate entre Andrade Delgado y Ambrosio Perera, lo comentaba así:

*Para que este agosto coro
se convirtiera en un cisco,
Andrade se comió un disco
y Ambrosio se comió un loro.*

Otra vez se trataba de que una distinguida señora, que esperaba la llegada de un hijo, se había incorporado a la Cámara para llenar una suplencia:

*La Suplente está en delito
porque así, burla burlando,
nos metió de contrabando
un diputado chiquito.*

*Pero tal desaguisado
se atenúa, considero,
pues ya tienen compañero
Ferrer y Andrade Delgado.*

Corría el lápiz sobre las hojas del block, que circulaban hasta que alguien las guardara. En alguna ocasión el pinchazo iba dirigido a los médicos, quienes contra lo por todos esperado, excedían ampliamente al gremio abogacil por el gusto de las discusiones. Haciendo referencia a las existencias del cafetín interno, la coplilla decía:

*Cuando se plantea un debate,
o médico, o sanitario,
se acaba el queso, el tomate
y el tiempo reglamentario.*

En alguna ocasión en que el historiador Ambrosio Perera hizo erudita disertación sobre el régimen de tierras en la época colo-

nial, el papelito decía que Ambrosio había desencadenado un aguacero “de agua de Colonia”. Y en otra —porque llevaba horas sentado dirigiendo un debate y para no dejarle la batuta al segundo Vice, urgía la presencia del primero, que lo era el Dr. Jesús González Cabrera (a quien apodaban cariñosamente “el mono”)— escribió este mensaje:

*Se ha perdido un mono, y yo,
le agradezco al que lo vea,
me lo traiga, pues si no,
la Presidencia se m...!*

Las risas que arrancaba morigeraban un poco la vehemencia de aquellos días. Al mismo tiempo, se interesaba en llamar a los representantes de las diversas fracciones para discutir grandes y pequeños problemas. Acogía con viveza proposiciones como la de recomendar la edición de las obras de Bello o colocar, en un depósito digno de su gloria, los restos del Padre de la Patria. Y dijo hermosamente, en sus palabras de clausura: “En testimonio de gratitud por el inmerecido honor que me hicisteis al designarme para presidir vuestras deliberaciones, os vengo a decir que ese signo purísimo de la palabra popular (la campanilla) no tembló nunca entre mi mano; que estimaría como el mejor de mis orgullos el que dijérais, al llegar a vuestros hogares, que mi modesto trabajo se significó por el respeto igual a las fracciones en el combate parlamentario”. Ellas expresaban —lo creo sinceramente— el mejor anhelo de su alma.

Ante su tumba

Ha terminado el hombre su existencia mortal. Ha vuelto a las manos de Dios. Infinita es la misericordia de Aquel, a cuyo seno vuelve quien en sus versos expresó sentimientos no exentos de emoción religiosa. Dios es amor, y amor no ha de faltarle al poeta que cantó puro amor.

Al emprender súbitamente su viaje decisivo, recordemos, como el marino de su *Canto*,

*que es Dios quien fija el rumbo y da el destino,
y el marino es apenas la expresión de un anhelo,
pues para andar sobre el azul marino
hay que mirar hacia el azul del cielo!*

El Dios misericordioso pensará que si ese rumbo, trazado en el primero de sus Cantos, pudo perderse alguna vez en los azares de su vida, reapareció como mensajero de esperanza dentro del "bosque de los crucifijos" en los versos que marcan su destino final; pues el poeta escribió, para terminar el último de sus poemas, estas estrofas rezumantes de mística unción:

*Y así los cuatro en el coloquio santo,
con la esperanza sobre la almohada,
detrás del sueño y más allá del llanto,
y allá, por fin, la humanidad lograda
detrás del bosque de sus crucifijos,
recibiendo en el hambre y la mirada
la luz y el pan que le darán mis hijos.*

20

ROMULO GALLEGOS



TERMINO FECUNDO DE UNA LARGA JORNADA

Está de pie la Patria para despedir a Rómulo Gallegos, cuyo espíritu parte, en alas de la gloria, en vuelo firme hacia la eternidad. Su cuerpo baja a la misma tierra que él interpretó mejor que nadie, para confundirse con ella. Al enrumbarse definitivamente por la historia, lo acompaña la oración que brota de la fe sencilla de su pueblo. Y al lanzarse a la que, usando sus palabras, podría llamarse "inmensidad bravía", esté seguro de que van en su alforja peregrina la gratitud, la admiración y el afecto inmarchitable de sus compatriotas.

Me toca decir a sus despojos mortales el adiós de todos los venezolanos. De todos, sin la menor sombra de discriminación. De los venezolanos, congregados ante su féretro en consenso unánime, capaz de reunir, junto a sus discípulos, a los nietos de quienes fueron sus alumnos; junto a sus colegas en la andanza enaltecedora de las letras, a los toscos y sanos campesinos descritos por él en sus novelas; junto a quienes tuvieron el privilegio de ser sus compañeros de filas, en la importante organización política que contribuyó a fundar y a la que dio la fama conquistada por su nombre, a los demás que no estuvieron en su misma trinchera en horas de combate. Hablo en nombre de todos, para decirle que su recuerdo lo guardaremos con legítimo orgullo, porque él contribuye a enaltecer el gentilicio nacional.

Rendimos homenaje reverente al escritor que logró traducir en sus libros la potencialidad germinal de nuestra geografía, la bondad cálida y la indoblegable voluntad de nuestra gente, los inmensos problemas y las inagotables esperanzas de nuestra realidad social.

Rendimos homenaje al maestro que dedicó largos años de esfuerzo a la siembra de ideas y de inquietudes en el alma de varias generaciones.

Rendimos homenaje al hombre público, cuyo propósito guiador fue la voluntad de servir a los más altos intereses del pueblo: al exiliado voluntario que dejó la patria para no concurrir a un Cuerpo que no disfrutaba de la sinceridad de sus funciones; al Concejal y al Diputado electo por Caracas en momentos de in-

Rómulo Gallegos, el formidable escritor que en sus novelas retrató la realidad venezolana y trazó caminos de esperanza, el hombre que luchó por una Venezuela democrática y que ejerció por voluntad popular, aunque sólo durante breves meses, la Presidencia de la República, falleció en Caracas al poco tiempo de haberse iniciado un nuevo gobierno bajo la presidencia del autor. Fue iniciativa propia del entonces Jefe del Estado, la de pronunciar una oración en sus exequias, en el Salón Elíptico del Palacio Federal, después de las que pronunciarían el Presidente del Congreso y el doctor Gonzalo Barrios como representante de la tolda política del ex-Presidente Gallegos. Con sincera admiración y penetradas de una amistad que había surgido en medio de ardorosa lucha, las palabras que aquí se recogen constituyen un sincero homenaje de reconocimiento a la figura del gran escritor, del luchador cívico y del ilustre Presidente de Venezuela.

tensa promoción; al Ministro y al Presidente que en su breve ejercicio, por encima de las controversias, aseguró el reconocimiento de la verticalidad de su estatura y la probidad de su intención.

Rendimos homenaje al hombre íntegro que supo hacer brillar su personalidad en las horas amargas de infortunio.

Rendimos homenaje al familiar insigne, al esposo devoto, al padre bondadoso, en quien se vieron reunidas las virtudes de una vida privada intachable, sólida base de sus actuaciones de estadista y político.

Hoy está su nombre por encima del bien y del mal. Más arriba de las controversias en que la vida hubiera de mezclarle, borradas hace tiempo por la luz de su brillante personalidad. Junto a su féretro, acompañados por los representantes de gobiernos amigos, que han venido a compatir nuestra pena, estamos reunidos, sin omisión alguna, los que fuimos testigos de su vida señera y le vimos llegar hasta el fin de sus días con el fulgor con que se sumerge suavemente en el ocaso, en la ilimitada extensión del horizonte, el sol de nuestros llanos.

Por ello no he vacilado en hablar con la voz integral de Venezuela entera. Podría agregar mi testimonio personal, aunque muy poco añadiría a lo que en el mismo orden saldría de muchas bocas. Para mí, su figura es nítido recuerdo desde cuarenta años atrás, cuando lo enviaron a pacificar ímpetus estudiantiles de examinandos turbulentos en la vieja escuela de San Lázaro, tarea que cumplió sin separarse del teclear incesante sobre la maquina de escribir, de donde —según se susurraba— iban saliendo borradores prodigiosos para su más afamada novela. Ese recuerdo se hace imborrable en mi memoria desde la época en que me concedió —cuando yo apenas acababa de pasar los treinta años y tuve el honor inmenso de ser su contendor— generosas frases de aprecio, conmovedoras manifestaciones de confianza y un excepcional testimonio de justicia del que no he conocido similar en la vida política de ésta o de otras tierras. Pero no es la ocasión de ponernos a discernir tonos de gratitud o admiración por la gran figura que se ha marchado a la inmortalidad; es la hora del duelo nacional y del reconocimiento común, surgido de todos los pechos hacia un venezolano eminente cuyo contorno, por múltiples respectos, tiene dimensión ejemplar.

En nombre del pueblo y del Gobierno de Venezuela, traigo a los afligidos deudos del ex-Presidente Gallegos nuestro pesar, que queremos mezclarlo y confundirlo con el suyo. Y al ciudadano probo, al eximio escritor, al ilustre estadista, al maestro pre-

claro, al hombre bueno que fue don Rómulo Gallegos, traigo nuestra diáfana admiración y cariño, libres de escorias, fundidos en el crisol de la solidaridad nacional ante el hecho de su perennidad.

Al fin de su existencia mortal, nada me parece más cónsono que evocar sus palabras de extasiada contemplación ante la inmensidad del Orinoco, que podían aplicarse al torrente caudaloso de su propia existencia:

“Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar; y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños que se quedan dormidos entre los verdes manglares”.

Abismados en la meditación, no olvidemos lo que él mismo dijo: “porque algo, además de un simple literato, ha habido siempre en mí”. Y ese algo, pensamos, continúa en plena marcha. Como en su relato, “El barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje”. Marcha, tiempo, edad, paisaje, proyección superior aun a su estupenda literatura, plenitud del río gigante que se expresa en mil formas y que, renovándose todos los días, continuamente se mueve hacia la infinitud, todo eso pasa por nuestra mente al despedir los despojos mortales de don Rómulo Gallegos, con la voz auténtica de un pueblo que lo siente más suyo ahora que nunca, cuando ya no le pertenece a él solo, porque forma parte del acervo histórico de la humanidad.

Presidente Gallegos: ¡descansad en paz!

21

RAUL LEONI



Con el más profundo sentimiento cumplo el doloroso deber de despedir, en nombre de todos los venezolanos, los restos mortales del ex-Presidente de la República, Dr. Raúl Leoni. Este sentimiento se identifica hoy con el de su valiente esposa y de sus hijos, de sus familiares y amigos, de sus compañeros de lucha y de gobierno y de todos aquellos que, sin haber compartido su ideología o las posiciones que con entereza defendió, le rinden tributo y lo han proclamado como un venezolano eminente, lleno de mérito por el ejemplo de su vida pública y privada.

De los cuarenta y cuatro años transcurridos entre la Semana del Estudiante de 1928 y el día de su fallecimiento, cerca de la mitad los pasó en el exilio. Esa prueba, soportada en diversas alternativas, no melló su ánimo; antes, por el contrario, lo fortaleció en el propósito, en forma tal que puede considerarse como una consecuencia natural de su existencia el que culminara su carrera política en la Presidencia de la República.

Fue el Presidente de la Federación de Estudiantes de las jornadas memorables del 28, y de allí se lanzó a una acción revolucionaria que lo aventó fuera de Venezuela. Vuelto al país en el momento en que tocó definir rumbos y fijar programa a su generación —la célebre “generación del 28”, aureolada por el nimbo de la rebeldía estudiantil— participó en la fundación de movimientos políticos que después llegarían a la formación de partidos y asesoró a pioneros en la incipiente organización de sindicatos. Abocado a un nuevo exilio, más corto y colmado de enseñanzas, regresó con el título de abogado, obtenido en Colombia. Fundador del Partido Acción Democrática, que alcanzó más tarde a presidir, esa militancia representó para él la concreción de sus ideales y la identificación de sus luchas.

Los acontecimientos de octubre de 1945 lo llevaron a compartir el ejercicio supremo del Poder como Miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno y a desempeñar por tres años la Cartera de Trabajo, que en sus manos se inició en forma autónoma, separada del Despacho de Comunicaciones. De nuevo en el exilio, durante él, contrajo matrimonio y formó su familia, cuya unidad

Las honras fúnebres tributadas en julio de 1973 al ex-Presidente de la República doctor Raúl Leoni constituyeron un testimonio de reconocimiento y afecto a aquel luchador cívico, que en la Semana del Estudiante de 1928 encabezó la lucha estudiantil contra la tiranía, que como presidente del Senado a partir del 19 de enero de 1959 tomó parte muy principal en la reestructuración de las instituciones democráticas y en la redacción de la Carta Fundamental y que como Presidente de la República se esforzó en transmitir una imagen de comprensión y mantuvo constante preocupación por los problemas nacionales. El discurso pronunciado por el autor al despedir los restos mortales del Presidente Leoni desde el Salón Elíptico, es el que de seguida se inserta como un homenaje a su memoria.

se cimentó con la intimidad de vida del proscrito y la nostalgia de la Patria.

Reintegrado al país en 1958, jugará un papel de primera línea en la reestructuración de la República. De 1959 a 1961, en la Presidencia del Congreso. De 1964 a 1969, en la Presidencia Constitucional de la República. Y le toca ser el primer gobernante venezolano en entregar el mando pacíficamente a un sucesor electo por el pueblo, desde las filas de la oposición, en elecciones populares ganadas en noble combate democrático.

Mis relaciones de amistad e intercambio con el ex-Presidente Leoni arrancan verdaderamente de 1958. Al descorrerse entonces un pesado velo ante los ojos de quienes, desde diversos ángulos, coincidíamos en buscar caminos para afianzar las bases de una patria libre, hubimos de darnos cuenta de que había mucho de común en el sentimiento democrático, en la ambición patriótica y en la voluntad de servicio, en hombres que en momentos de dura controversia parecían separados por abismos; abismos que la dura experiencia había salvado y que la visión clara y objetiva de la realidad venezolana relegaba a un plano secundario.

Juntos compartimos Raúl Leoni y yo muchas jornadas a partir de aquel 19 de enero de 1959 en que se instalaron las Cámaras Legislativas electas por sufragio libre del pueblo, y que tuvimos la honra de dirigir, él como Presidente del Senado y yo como Presidente de la Cámara de Diputados. Mientras se realizaban largas sesiones conjuntas, hubo amplias posibilidades de dialogar.

En más de una oportunidad, el tema de nuestra conversación era el relato de sus primeras experiencias como dirigente estudiantil, con su boina azul sobre la testa en que ya comenzaba a apuntar su connotada calva, bien coronando en el Teatro Municipal a la lírica reina Beatriz, o escogiendo como oradores para los actos culminantes de la Semana célebre a dos compañeros de estudios que habrían de descollar más tarde como tribunos y conductores políticos.

Parecían interminables las jornadas parlamentarias. A veces, sin embargo, tenían más duración nuestras reuniones como representantes de las fuerzas políticas comprometidas en la instalación y defensa del sistema democrático para canalizar y resolver los problemas pendientes. Pero los mejores afanes de aquellos tres años en los cuales ejercimos las Presidencias de las Cámaras fueron los dedicados, con optimismo indesmayable, a la preparación, discusión y sanción de la nueva Carta Fundamental que entró en vigencia el 23 de enero de 1961.

Nos tocó presidir conjuntamente la Comisión Bicameral que elaboró el Proyecto; nos tocó hacer grandes esfuerzos para armo-

nizar la teoría democrática, impregnada de sentido social y expresada en previsiones que servirían de base a mayores cambios de estructura, con lo que reclamaba el sentimiento popular y lo que por otra parte señalaba, en términos de rudeza inexorable, la lección de una reciente historia. El texto de la Constitución se fue elaborando en medio de frecuentes conmociones, cuyo eco llegaba hasta las mismas puertas del Congreso o hasta las ventanas de la vieja Universidad, donde la Academia de Ciencias Políticas y Sociales nos dio hospitalidad para reunir nuestra Comisión. Nos tocó conjugar opiniones disímiles para obtener un margen de consenso como difícilmente lo ha tenido otro ordenamiento constitucional en Venezuela. Hubimos de buscar la luz de especialistas, versados a través del estudio y ejercitados a través de la docencia en las intrincadas cuestiones del Derecho Político y de solicitar la revisión del texto por maestros y especialistas en el dominio del idioma, para que el lenguaje de la Constitución fuera preciso, sobrio y correcto, ajustado al pensamiento y a los propósitos de sus redactores.

Terminada la obra, nuestras firmas fueron las dos primeras que se estamparon en el texto. No creo que él hubiera podido pensar, en aquel instante solemne, en que habría de tocarle hacerme entrega de la Presidencia de la República al terminar el período constitucional para el cual ya muchos le consideraban abocado; por mi parte, ni siquiera el más leve presentimiento me habría sugerido que me iba a corresponder el doloroso encargo de presidir sus exequias.

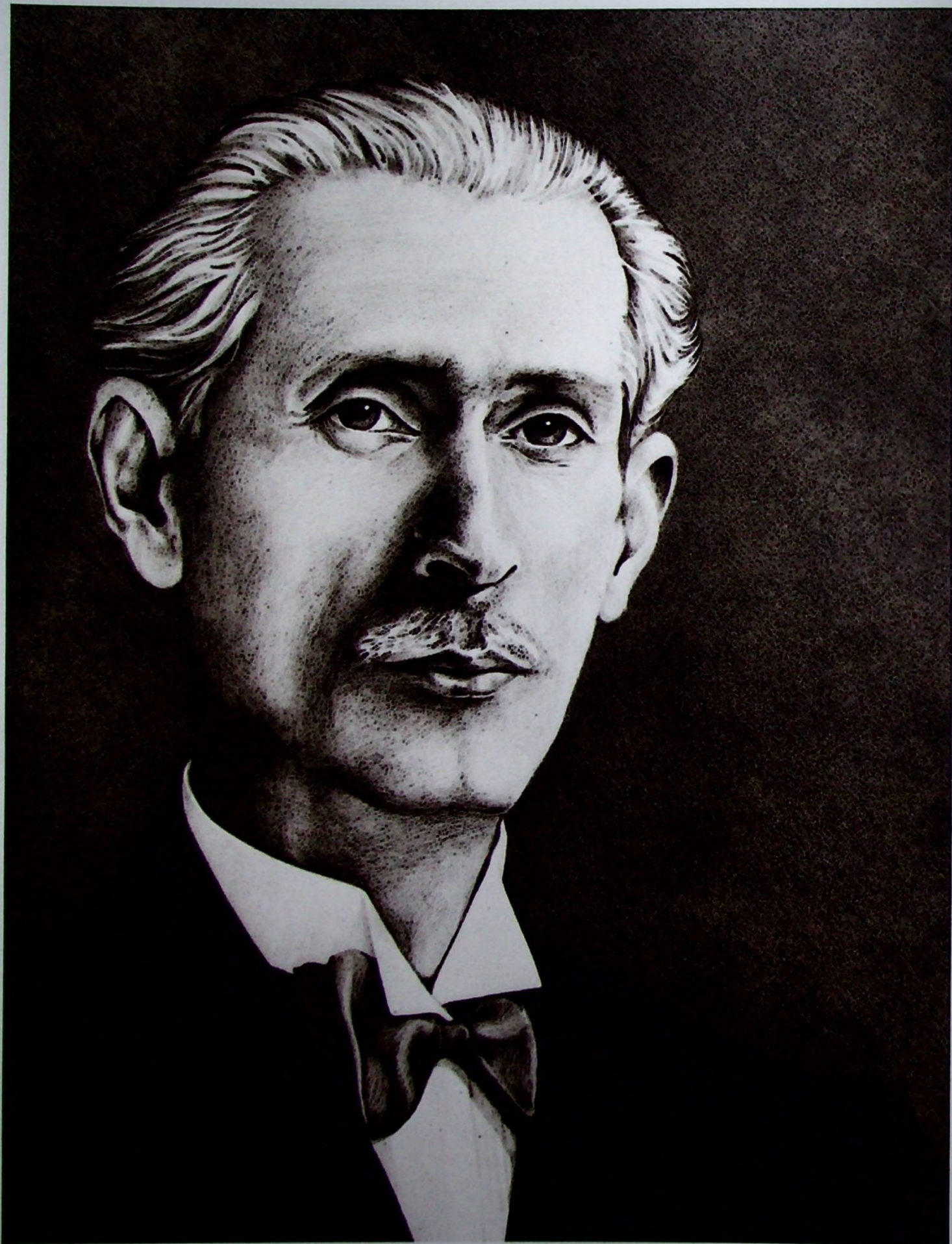
Con motivo del sentido fallecimiento del doctor Leoni, me he puesto a revisar las palabras que él mismo pronunció, en este propio sitio, ya como ex-Presidente, en el solemne acto de las honras fúnebres al ex-Presidente Gallegos; y he encontrado un párrafo que considero lleno de vigencia en la luctuosa ceremonia que en este momento realizamos: "Aquí estamos hoy —dijo— ante sus restos, viviendo una vida cívica como él la quiso, como él la deseó, como él la enseñó, aunque aún no sea perfecta y no lo será quizás en mucho tiempo o nunca, pero el camino recto de las instituciones es el que estamos transitando hoy y seguiremos firmemente por él. Su cuerpo bajará a la tumba rodeado de un pueblo libre que sabe ejercer sus derechos, que no se abstiene, que no duda y que no vacila para reclamarlos".

Estas palabras cobran renovado sentido en el momento actual, en que venezolanos de todos los sectores, de todas las maneras de pensar, ubicados en las más variadas posiciones de lucha, se reúnen en torno a su cadáver para testimoniarle su admiración y su respeto. Ojalá que este ejemplo sirva de lección perdurable a las generaciones jóvenes, ante las que debemos siempre demostrar la consideración que se debe a los hombres aun cuando se

hallen ubicados en posiciones diferentes, y mantener la vinculación solidaria que impone el deber de servir a la Patria con amor a la justicia, en la libertad y con humana dignidad. También nosotros, como él lo hiciera ante don Rómulo Gallegos, podemos sintetizar en esas frases el saludo final que debemos a las cenizas del ex-Presidente Raúl Leoni: "Aquí estamos hoy, ante sus restos, viviendo una vida cívica como él la quiso, como él la deseó, como él la enseñó, aunque aún no sea perfecta y no lo será quizás en mucho tiempo o nunca; pero el camino recto de las instituciones es el que estamos transitando hoy y seguiremos firmemente por él".

22

ELEAZAR LOPEZ CONTRERAS



Al eminente venezolano cuyos despojos mortales devolvemos hoy al regazo de nuestra tierra tocó el destino singular de ser, a la vez, lindero y puente entre dos épocas. Con él finalizó el pasado; con él se inició aquella transformación que ha hecho decir que para Venezuela el siglo XX comenzó en 1936.

Los noventa años de su existencia fueron representando el acontecer contradictorio de una nueva fenomenología nacional. Nacido el 5 de mayo de 1883, en Queniquea, en el corazón del Táchira, se hizo partícipe a los dieciséis años de una aventura cuyas consecuencias no podían calcular ni sus protagonistas ni el resto de la comunidad nacional, agotada para entonces en controversias, claudicaciones, inconsecuencias y desangramientos periódicos. Cuando la invasión de los sesenta, se lanzó tras el magnetismo de un caudillo cuya determinación de imponer por el modo ya rutinario de la fuerza un nuevo orden de cosas, produjo un balance, en el cual si hay algo de positivo es la consolidación de la unidad nacional.

No fueron solamente hombres de montonera los protagonistas de la llamada Revolución Restauradora. El propio General Cipriano Castro, que hizo vibrar hasta a la Universidad Central con su consigna de “nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos”, había hecho incursiones en las letras y en la filosofía y se ha dicho de él que fue seguidor entusiasta de las ideas de Krause, filósofo alemán de más influencia en la cultura hispánica que en la de su propio país y de ascendiente más extenso que profundo en la historia del pensamiento. Algunos de sus acompañantes habían trajinado las aulas. El joven López Contreras, todavía adolescente, tuvo la fortuna de educarse en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, de Monseñor Jesús Manuel Jáuregui Moreno, eximio sacerdote, gran ciudadano, notable pedagogo, cuyo nombre distingue hoy al Distrito Municipal que tiene por capital La Grita y cuya figura de gran autenticidad, honra la cordillera andina. En el elogio que de Monseñor Jáuregui pronunció en 1948, dijo Su Eminencia el Cardenal Quintero: “No es, pues, extraño que muchos de aquellos alumnos, andando el tiempo, llegaran a figurar con brillo como médicos peritos, abogados

A la muerte del General Juan Vicente Gómez, después de veintisiete años de férreo gobierno que siguieron a los nueve no menos duros del General Cipriano Castro, correspondió a Eleazar López Contreras, antiguo discípulo de Monseñor Jesús Manuel Jáuregui Moreno en el Colegio del Sagrado Corazón de La Grita, Estado Táchira, y Ministro de Guerra y Marina del último gobierno del Presidente Gómez, abrir camino a las instituciones democráticas. Fallecido cuando iba a cumplir noventa años de edad, fue sepultado con máximos honores, en su condición de ex-Presidente y en la de Senador Vitalicio que le confirió la Constitución de 1961. El General en Jefe Eleazar López Contreras, ascendido a esta máxima jerarquía cuando entregaba el mando, en 1941, fue una figura que llena, sin disputa, los primeros años de la transformación de Venezuela, a partir de 1936. En las exequias del ilustre magistrado fue pronunciado, en el Salón Elíptico del Palacio Federal de Caracas, el discurso que sigue.

sagaces, literatos excelentes, políticos hábiles, diplomáticos finos o militares decorosos. Al hacer este somero balance, el mismo doctor Jáuregui me reprocharía la injusticia si, por las circunstancias del momento, callara que uno de éstos ocupó el sillón de la Primera Magistratura Nacional y con acierto presidió desde allí el difícil y peligroso paso del régimen dictatorial de la espada al régimen republicano de la Ley y de la libertad”.

Con un acto de arrojo comenzó, pues, aquel muchacho a hacer su primera incursión en la historia. Vino siguiendo al futuro vencedor de Tocuyito, por una ruta que los escritores del régimen se ufanaban en presentar como repetición de la ruta de la Campaña Admirable, y luego se incorporó al acontecer nacional en tareas militares y administrativas. Pero, en una época en que la violencia endurecía los ánimos, en una larga etapa en que la crueldad entenebrece las figuras más significativas, él se fue distinguiendo porque no quería ser cruel, porque quería ser tolerante, porque se esforzaba en traducir con su conducta la imagen que recoge los más genuinos atributos de la gente de los Andes, laboriosa, constante, cordial y hospitalaria, delicada en el trato, sencilla en las costumbres, correcta en las relaciones de intercambio, austera en su conducta y poseída de un gran espíritu de solidaridad comunitaria.

Como buen montañés, supo esperar. No muestra prisa, después de que el primer impulso de la adolescencia lo ha transportado a nuevos horizontes. Se dedica a estudiar, a formarse, a realizar el espíritu militar que lo había traído como oficial improvisado de improvisadas tropas, para convertirlo en actividad sistemática, en carrera orientada a la superación profesional, técnica y organizativa. Por ello podrá decir más tarde, al difundir sus primeras palabras cuando asumió el Gobierno para suceder una larga autocracia: “Mis antecedentes de militar profesional, desligado de la política, mis antecedentes de hombre respetuoso de la ley y de los derechos ciudadanos, han aumentado mis esperanzas, digo más, la seguridad y confianza de obtener la más franca colaboración del pueblo venezolano en mis funciones gubernativas”.

Lo que le abre de par en par las puertas de la historia es su papel en la transformación que a Venezuela se abre con su presidencia. Un rol trascendente para el cual le venía señalando la fina intuición popular. Fue un verdadero privilegio para los hombres de mi generación haber vivido aquellos días, en los cuales, de súbito, al cerrarse los ojos de quien gobernó en forma omnímoda durante casi tres decenios, se abrieron los ojos de los venezolanos y ante ellos se describió el panorama del país por hacer, del Estado por organizar, del mensaje por recoger, del programa por realizar para convertir a Venezuela en una nación moderna y libre. Yo puedo asegurar que pocas emociones más intensas he podido

sentir en mi experiencia de ciudadano venezolano, que la de haber oído por primera vez al General López Contreras, a través de la radio, el 19 de diciembre de 1935. Nunca antes había escuchado la voz de un Presidente: era la suya ronca y un tanto desmañada, tal vez prematuramente envejecida, pues su apariencia representaba una edad mayor de la que efectivamente tenía; pero esa voz, en escuetas palabras, sacudió nuestros ánimos al revelarnos, por el solo hecho de expresarse, que empezaba una era distinta.

Su consigna de “calma y cordura” lucía muy difícil en aquellos momentos en que se sacudían las fuerzas sociales contenidas por una mano fuerte durante tantos años. El nuevo Presidente afirmaba: “El momento demanda una gran cordura y un profundo sentimiento de solidaridad en pro del orden público; someternos a una verdadera disciplina en nuestros actos, pues, aun las mismas manifestaciones de entusiasmo que puedan existir por la probada deferencia que ha tenido el pueblo de Caracas hacia mí, deben exteriorizarse en forma moderada, como corresponde a ese pueblo, por la reconocida cultura que encuadra más, si cabe, a mi carácter sencillo y cordial”. No era, sin duda, lo que el pueblo quería, puesto que no había cauce capaz de contener el desbordamiento emocional provocado por diversos factores y lanzado en variadas direcciones. Pero el mismo pueblo entendió que aquel hombre modesto, que aspiraba a persuadir en vez de reprimir, cumpliría, en medio de una acción contradictoria y de la ejecución sucesiva —y a veces simultánea— de progresos y de retrocesos, la tarea excepcional de encabezar la traslación de Venezuela desde un escenario deprimente a un plano distinto, donde la voluntad de los caudillos cediera su lugar a la presencia de las instituciones y donde se iniciara la modernización del Estado y asentara su nueva marcha sobre postulados republicanos.

Es todavía objeto de controversia —puesto que pertenece a la historia actual de Venezuela— el enjuiciamiento de sus actos. Pero hay hechos y obras que dan relieve y brillo al período que le correspondió gobernar. Durante aquél se aprobó la primera Ley del Trabajo verdaderamente efectiva, el Reglamento de la Ley del Trabajo, la Ley Orgánica de los Tribunales y de Procedimientos del Trabajo, la Ley del Seguro Social Obligatorio, el Decreto sobre Participación en las Utilidades, la creación de la Oficina Nacional del Trabajo en 1936, la del Ministerio del Trabajo y Comunicaciones en 1937 y la organización de Inspectorías, Tribunales y Procuradurías de Trabajadores que orientaron el despertar de la conciencia social en el país y dieron la oportunidad de formarse a los primeros funcionarios dedicados a tan importante materia. La separación de los Despachos de Salubridad y Agricultura y Cría trajo consigo la programación de una política de Salud Pública a través del Ministerio de Sanidad y Asis-

tencia Social y de una política agropecuaria a través del Ministerio de Agricultura y Cría. Se dieron los primeros pasos hacia una política agraria, a través del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización, convertido después en Instituto Agrario Nacional. La creación del Banco Central de Venezuela fue un paso trascendente y un principio de definición de la responsabilidad del sector público en la orientación de la vida económica. El establecimiento de la Contraloría General cambió radicalmente la tradicional arbitrariedad en el gasto oficial. La organización de la Guardia Nacional se inspiró en la situación de los antiguos procedimientos empíricos por la institucionalización de las importantes funciones que se le encomendaron. Una nueva Ley de Educación comenzó a darle verdadera importancia a la obligación de formar nuevas generaciones aptas para las responsabilidades que el futuro de Venezuela exige; se fundó el Instituto Pedagógico, con lo que se abrieron nuevos rumbos a la formación del profesorado; se inició, con la creación del Consejo Venezolano del Niño, una política de atención a la infancia; comenzó la participación directa de las Universidades, mediante un nuevo ordenamiento jurídico, en la resolución de sus propios asuntos a través de sus Facultades y Escuelas, y se abrió la posibilidad de que la iniciativa de cada uno y la discusión de nuevas ideas introdujera nuevos incentivos a las distintas ramas de la existencia nacional.

Pero sobre todo, es de notar el cambio político que le correspondió cumplir. La Constitución de 1936 introdujo reformas positivas, tanto desde el punto de vista estrictamente político como desde el punto de vista social y económico; sobre todo, constituyó una Carta Fundamental cuya aplicación bajó del papel de mera apariencia, sistemáticamente incumplida, que tenían las Constituciones precedentes, para entrar en el plano de la realidad. Y fue el Presidente López Contreras, el mismo que había demolido La Rotunda para convertirla en Plaza de la Concordia y mandó echar los grillos al mar en memorable ocasión, perennizada por inolvidable discurso de Andrés Eloy Blanco, el que pidió al Congreso se redujera de siete años a cinco el período presidencial, afectando el término para el cual había sido elegido, y se estableciera la norma de la no reelección, que comenzó por aplicársela él mismo, a pesar de que esta restricción no existía en el momento en que el Congreso, expresando lo que en ese instante era deseo unánime de los venezolanos, había confirmado su designación para el período constitucional que comenzó en abril de 1936.

Cierto, que el proceso cumplido a partir de diciembre de 1935 afectó personas o grupos, hirió intereses, provocó discrepancias. Que todavía el recuerdo de esos tiempos provoca resquemores, a consecuencia de la misma profundidad de los acontecimientos

ocurridos. Por otra parte, muchos tuvimos en algún momento, en algún tema o en alguna circunstancia, discrepancias con actitudes suyas o decisiones suyas. Yo debo decir que cuando manifesté las mías, a veces matizadas con el ardor inevitable de los años mozos, encontré en la actitud del General López Contreras una posición republicana, que no excluía su reproche o su disposición a la polémica, pero que lo mantuvo encuadrado dentro de las normas que profesaba, y dentro de las cuales daba ejemplo de respeto al pensamiento y a la conducta ajena.

Ejerció la magistratura con gran serenidad, en medio de las más azarosas tormentas; revistió la dignidad del Gobierno con una austeridad que recordaba —quizás por una deliberada simpatía que algunos advirtieron en él, hacia aquella figura— la que la tradición recoge del Presidente General Soublette, cuya memoria honró y cuyo ejemplo en muchos casos pareció tener el deseo de seguir. Prestó fervoroso culto al Padre de la Patria se interesó en rendir constante homenaje a su memoria y reiterada consideración a su pensamiento.

Todas estas circunstancias contribuyen a explicar el por qué, en los años difíciles que sucedieron a su ejercicio del Gobierno, en los cuales tomó papel actuante, a veces combativo y siempre destacado en medio del acontecer nacional, se le miró con respeto, el mismo respeto que ahora nos congrega en torno de su féretro y que tuvo expresión exaltante el día en que se le recibió como Senador Vitalicio de acuerdo con lo establecido por la Carta Fundamental vigente. Vale la pena señalar que, establecida por la Constitución la previsión de que los ex-Presidentes pasan a la Cámara Alta en forma vitalicia, se dispuso por expresa disposición transitoria que aquella norma sería aplicable “al ciudadano que ejerció constitucionalmente la Presidencia de la República en el período 1936-1941”.

Le dieron la bienvenida, en sendas y hermosas oraciones, los doctores Luis Beltrán Prieto Figueroa, Arturo Uslar Pietri, Luis Hernández Solís, Ramón Escovar Salom y Edecio La Riva Araujo, quienes representaron el sentir de distintas fracciones políticas y sectores independientes. Algunas de esas colectividades o personas habían sido objeto de medidas tomadas en situaciones de emergencia dentro de su gestión gubernamental; sin embargo, por parte de todas hubo elocuentes manifestaciones de respeto y consideración por su persona, así como una alta evaluación del acto histórico de su incorporación al Senado. Dijo en aquella ocasión el Senador Prieto Figueroa: “Hemos comprendido y comprendemos que el trabajo de conducir y dirigir a un país es una actividad difícil; que gobiernan conjuntamente a la nación los que dirigen desde los puestos de la administración y los que hacen

lealmente la oposición a ese gobierno"... "En esta Cámara usted tendrá el respeto y la consideración que se merece por sus altas ejecutorias".

Significativas fueron las palabras que en aquella oportunidad pronunciara el Senador Uslar Pietri: "Atrás quedaron los días de la pugna y hoy la República, ciudadano General, ve en Ud., por encima del análisis que pudiéramos hacer de hechos controvertibles para unos y otros grupos, cosas que la historia ya comienza a reconocerle y le reconocerá sin duda. Llegó a sus manos la más formidable máquina de dictadura que el país ha conocido y usted, lejos de utilizarla en provecho de su propio mando, se dedicó pacientemente a desmontarla para abrirle camino a la democracia venezolana. Encontró usted un ejército que venía con una vieja tradición personalista y se dedicó pacientemente a convertirlo en una institución absolutamente nacional al servicio de las Leyes de la República"... "No abusó Ud. nunca de su posición, no se dejó usted arrastrar por pasiones y si de algo pecó usted fue de insistir tercamente en mantener un equilibrio que no llegara nunca a romper en violencia. Estas son las cosas que el Congreso, la mayoría parlamentaria ha reconocido en su persona al llamarlo a incorporarse a esta Cámara, para que con su experiencia y sus luces siga Ud. aportando su preciosa colaboración al trabajo de estabilizar la democracia en Venezuela".

Al concluir serenamente la larga jornada de su vida, el ex-Presidente López Contreras recibe el homenaje que le debemos todos los venezolanos. En el nombre de ellos, en este solemne momento hago patente el reconocimiento nacional. También lo hago especialmente en nombre de las Fuerzas Armadas Nacionales, que me honro en comandar, en cuyo seno alcanzó el oficial Eleazar López Contreras el máximo grado de General en Jefe. A su viuda, María Teresa Núñez Tovar de López Contreras, hija de los llanos orientales que completaba en el espíritu de su marido la visión de la patria prendida en su pupila de hombre de la montaña, le expreso en nombre de todos mis compatriotas la más profunda simpatía. Ella le acompañó en su gestión presidencial, derrochando a su lado afable trato y generosas iniciativas en favor de madres y niños de Venezuela. Reciba doña María Teresa, en unión de los hijos y nietos del fallecido ex-Presidente, la condolencia nacional.

Al bajar a la tierra los restos mortales del General Eleazar López Contreras, Presidente de Venezuela desde 1936 hasta 1941, militar, historiador, y sobre todo, hombre de bien, invocamos a Dios, para que su espíritu vaya sin ataduras a la paz infinita, con la satisfacción de haber contribuido desde su posición preemi-

nente al rescate de un pueblo, al rescate por ese pueblo de su libertad y de su confianza en sí mismo, y al establecimiento de bases decorosas y firmes para el engrandecimiento nacional. Estos títulos acreditan su entrada definitiva al elenco de los servidores ilustres de la Nación venezolana.

23

INES PONTE



La imagen que dejó entre sus discípulas, protegidos, colaboradores y amigos, la señorita Inés Ponte, hija penúltima de Don Manuel María Ponte y Doña Inés McLong Echezuría, nacida el 10 de setiembre de 1879 en Caracas y fallecida en la misma ciudad en el año de 1966, fue una imagen de dulzura y bondad, de servicio y generosidad, de constancia y de firmeza en el esfuerzo. Fundadora de obras de gran contenido social, comprendió el deber de preparar nuevas promociones para el servicio social, inspiradas en el ideal cristiano y preparadas técnicamente. Virginidad fecunda la suya, dejó en su soltería, consagrada al ideal y al trabajo por el pueblo, un gran número de hijas que la reconocen como guiadora, como ductora, como orientadora, como protectora y como estímulo en los más importantes momentos de su vida. Para esta edición de Moldes hemos escogido el discurso pronunciado en el centenario de su nacimiento.

Con el mayor agrado he aceptado la invitación para decir unas palabras en memoria de Inés Ponte. Es fácil hablar de una persona de esas que reconcilian al ser humano con la humanidad. Y se me antoja muy feliz la coincidencia de que este Centenario de su nacimiento caiga precisamente en el Año Internacional del Niño, porque Inés Ponte trabajó mucho por los niños y su obra está viva, fecunda, lozana y en actitud de constante expansión. Fue una mujer callada, discreta, modesta, pero de una personalidad impresionante, firme, constante, laboriosa y abnegada. Por eso pudo realizar cuanto realizó y por eso pudo dejar la trayectoria que nos ha dejado.

Proveniente de una familia de tradicional reciedumbre y decoro, supo corresponder a sus antecedentes. No olvidemos que Ponte fue uno de los apellidos del Libertador Simón Bolívar y que además tuvo sangre irlandesa, proveniente de aquella misma tierra de donde a través del océano vinieron muchos jóvenes a regarla en los campos de batalla de nuestra Independencia. La misma Inés pudo sentir en su familia las alternativas de la prosperidad y de las dificultades; podríamos decir que una de sus características y de las características de su gente fue la de conservar siempre la identidad de la sustancia en medio de la inmensa variedad de los accidentes. En los días duros de la Venezuela de este siglo todos dieron su cuota y es imposible olvidar que un sobrino suyo, Carlos Julio, fue uno de los mártires del estudiante universitario, no contaminado con apetencias extrañas a la realidad y al destino mejor de nuestro país, que ofrendaron su vida en el combate contra la tiranía. Que otro de sus sobrinos, Gustavo, fue para muchos de nosotros, en los días encrespados de 1936, un modelo de entrega a la lucha por la libertad, a la resistencia frente a la tiranía, ajena a componendas, fiel a los principios, reacia a poner en la mesa de las negociaciones las credenciales del sufrimiento y de la lucha. Inés Ponte, de una numerosa familia, acompañada ejemplarmente por su hermana Manuela, para quien ha tenido un justo recuerdo hace un momento Carmen Teresa Amaya, se entregó a trabajar por Venezuela, por el sector más sufrido, más abandonado y más necesitado de la vida

venezolana y lo hizo sin descanso, con una hermosa continuidad, hasta el propio momento de su muerte.

Estuvo, muy joven, en Estados Unidos. Más tarde, en Europa, para aprender, para ver, para sentir la emulación que cuando vamos a unos países más desarrollados que el nuestro nos provoca la necesidad de ganar al tiempo para lograr que nuestra Patria pueda satisfacer los mínimos requerimientos de la justicia y del progreso.

Fue Inés Ponte una mujer cuyo ejemplo es de una significación extraordinaria en estos tiempos de lucha por la liberación de la mujer. Ella se sintió liberada y se sintió igual al hombre; igual en el derecho, pero también en el deber; igual en la dignidad pero igual también en la acción. Fue moderna, pero no entendió la modernidad como la destrucción de los valores fundamentales, sino más bien como el servicio a ellos. En medio de su vejez tuvo un amor perenne por la juventud, y fue toda su vida, vida de sacrificio, de comprensión y de lealtad.

Nació el 10 de setiembre de 1879. Murió en 1966. Iba a cumplir ochenta y siete años y, a fe mía, no los representaba. Se veía siempre igual, siempre con una inmensa voluntad de servicio; siempre buscando nuevos caminos para sembrar nuevas semillas. Cuando fundó —y creo que con derecho podemos usar esta expresión porque ella fue el centro, el hilo coordinador, el motivo, que agregó muchas voluntades y que pudo llevar adelante la empresa— cuando fundó la Escuela Católica de Servicio Social tenía ya sesenta y seis años. Asumió el cargo más difícil, se me antoja, el de Directora Administrativa, que desempeñó hasta 1956, y la edad no le pesaba, sino que más bien le servía como estímulo para realizar ella su parte de labor y para cooperar con los demás. La acción de Inés Ponte a través del tiempo comprende numerosos aspectos y capítulos. Se recuerda de su labor social en la Cárcel de Mujeres de Los Teques, se recuerda de su tarea en la Unión de Damas de la Acción Católica, como fundadora de un Centro Juvenil que habría de convertirse en la Juventud Católica Femenina Venezolana; se recuerda que en 1936, con el Padre Odriozola, fundó una Colonia Vacacional en Venezuela. En 1937 la Casa Post Natal, la Obra Católica de la Madre y el Niño —que para mayor amplitud ostenta hoy la denominación de Obra Social de la Madre y el Niño—, dentro de ella la Escuela de Educación Familiar, y dentro de todos los esfuerzos, lo que más sugestivo se nos hace, lo que más nos atrae, lo que más significación tiene a nuestra vista es el trabajo con esas madres adolescentes. Esas niñas que, niñas todavía, ya han pasado por la maternidad y para las cuales la obra fundada por Inés Ponte representa la apertura de nuevos caminos, de nuevas posibilidades, la recuperación de

su propio destino, de la maduración de su propia personalidad y de la integración del núcleo familiar.

Inés Ponte, dijimos antes, funda en 1945 la Escuela Católica de Servicio Social. No la funda ella sola, es cierto; es el resultado de muchos contactos, de muchos consejos, de muchas tentativas, de muchos esfuerzos. Y es aquí donde brilla la firmeza de su carácter, el atributo de la constancia. La Condesa de Hemptine, María Baers, son contactos que le hacen concebir la idea y ponerla en marcha, pero tiene que superar dificultades derivadas del momento, de las circunstancias mundiales, de las circunstancias de nuestro Continente, para poder lograr el personal necesario para que saliera en marcha esa escuela. Alicia Baena, Marta Ezcurra, comienzan la tarea, pero está al lado de ellas, un poco en la sombra, Inés Ponte. Inés Ponte, que supera las ausencias, que pasa por encima de los traumas de la separación de cada una de estas grandes directoras y que continúa la obra a través de Elsie Missong, de Margarita Calvento, y de muchas otras que después continuaron. Imposible olvidar que tuvo la asesoría, el consejo, la compañía de mucha gente de valía excepcional. Manuel Aguirre, que le puso todo su entusiasmo y su capacidad; Angel Sáenz, que fue el primer capellán de la Escuela Católica de Servicio Social. Y esta Escuela de Servicio Social constituyó para Venezuela una aportación invaluable desde muchos puntos de vista, una verdadera novedad, porque el servicio social representa, a mi modo de ver, la modernización de la caridad entendida en su sentido propio, en su sentido de amor, de solidaridad y de servicio, no en el sentido absurdo y desacreditado de condescendencia paternalista o de humillante limosna. Pero Inés Ponte entendió —y a mi modo de ver con mucha lucidez y así tuve la satisfacción de expresarlo en el discurso que pronuncié cuando se graduó la Primera Promoción de la Escuela, que llevaba precisamente el nombre de la mujer a quien hoy estamos recordando— que no es posible ni legítimo entender el servicio social desligándolo del amor, de la caridad, desprendiéndolo de las normas morales, de los conceptos fundamentales, de la justicia, del entendimiento y de la unión entre todos los seres humanos. El trabajador social que no tiene una base moral sólida y firme y que no siente el llamado de la caridad, como amor, como entendimiento del alma de aquellos para quienes va a trabajar, está condenado a caer en una situación quizás más grave, diría yo, más grotesca y hasta más humillante, que esa vieja limosna que con sentido de humillación se daba. Se convierte, no en el amigo, en el orientador, no en el solucionador amable del problema que muchas veces no es un problema meramente material sino que arranca del espíritu, para devenir en burócrata frío, en cumplidor a desgano de las obligaciones que le impone la necesidad

de ganar un salario, con la voz áspera, en el mecanismo que no funciona, que no sana, que no cura, porque no llega al fondo mismo del problema que está en el corazón, en el sentimiento de la gente.

El Servicio Social, como lo entendiera Inés Ponte, me atreví a llamarlo alguna vez "la técnica de la caridad". No es la caridad impetuosa, desbordada, espontánea, irregular e insuficiente. Es la caridad convertida en programación, en análisis, en estudio, en realización técnica, con base científica, de una labor para poder enrumbar satisfactoriamente tantas cosas que marchan mal en la vida de los seres humanos. Este es un título —quizás el más alto— que acompaña la figura de Inés Ponte y que da especial significación a la conmemoración de este Centenario. Esa Escuela graduó su primera promoción en 1948 y esa primera promoción llevó precisamente el nombre de Inés Ponte. Y continuó dando figuras, personas, trabajadoras sociales con alma, trabajadoras sociales impregnadas del espíritu cristiano, que por eso realizan una labor de primer orden en el enfrentamiento de las anomalías sociales que atacan a nuestro medio y que cada vez se hacen más premiosas, más opresoras sobre la conciencia de los dirigentes de este país.

Tuvo la satisfacción de recibir muchos reconocimientos. Fue Secretaria Regional de la Unión Católica Internacional del Servicio Social para los países de nuestra área. Su nombre fue escogido para distinguir un parque y un jardín de infancia. Recibió condecoraciones pontificias y condecoraciones nacionales como la de Andrés Bello, y fue propuesta, precisamente el año que iba a desaparecer, para Mujer de Venezuela, que bien lo merecía y que pudo habersele discernido muchos años atrás. Virginitad fecunda la suya, entrega a la vida de los otros, rinde labor llena de pureza y de buena intención y, por eso, bendita por Dios, porque el éxito de sus actividades es una prueba de que su iniciativa, de que su acción, de que su voluntad eran sanas, limpias y rectas y por ello pudieron ser fértiles con la bendición del Señor.

Una vez, hablando de San Ignacio de Loyola, me tomé la licencia de usar una expresión popular venezolana, con el temor de que pudiera ser considerada un irrespeto; dije que San Ignacio de Loyola —y esto lo dije en ocasión solemne, ante un auditorium tremendamente respetable, en la ocasión del Cuatricentenario— era un "palo de hombre". Yo quisiera reincidir en este acto, diciendo en estas circunstancias que Inés Ponte era "un palo de mujer". Porque esa expresión venezolana representa rectitud, firmeza, fortaleza, acción, todas estas características que fueron acompañando la vida ejemplar de Inés Ponte y que la hizo sin

duda una de los venezolanos de mayor rendimiento en el trabajo por el pueblo y en la acción social.

Tuve la fortuna de haberla acompañado muchas veces. Hubo entre nosotros una relación de amistad basada en el afecto, en la comunidad de los principios e ideales y en la alta estimación que yo le profesaba. Por eso tuve la satisfacción de acompañarla el día de la instalación de la Escuela Católica de Servicio Social como representante del Profesorado. Tuve el agrado de encontrarme al lado de ella en el momento en que el gobierno del Presidente Betancourt le discernió la orden de Andrés Bello. Me cupo el honor de decir el discurso de orden el día que se graduó la primera promoción de trabajadoras sociales de la Escuela Católica de Servicio Social, entre las cuales, si no recuerdo mal, estaba la actual Presidente del Concejo Municipal de Caracas. Ahora me han pedido —y debo dar las gracias por haberseme hecho esta petición— el asociarme a esta conmemoración del primer centenario de su nacimiento, honrada con la presencia del Jefe del Estado, quien, por cierto, me sustituyó en la Cátedra de Sociología de la Escuela Católica de Servicio Social cuando la agitación de la lucha política y una candidatura que era la primera que me arriesgaba a emprender, me lanzaron por todos los caminos de Venezuela y me hicieron estar prácticamente ausente de Caracas.

Yo doy las gracias a los promotores de este acto, a Carmen Teresa Amaya, particularmente, que fue la encargada de transmitirme la invitación, lo mismo que Adelita de Calvani, por haber pensado en mí para asociarme una vez más a Inés Ponte en esta circunstancia. Y para concluir estas palabras sólo quisiera formular dos votos. Uno, el de que la figura de Inés Ponte sea modelo y estímulo para que muchos venezolanos, hombres y mujeres, sientan el llamado del servicio al país y entreguen su vida a esas tareas llenas de amargura pero también de dulce recompensa y sobre todo de la inmensa satisfacción de la obra hecha. Otro, el de que las iniciativas que ella emprendió continúen prosperando y creciendo y reciban el apoyo y la protección del Estado y de todos los sectores sociales, para que se multipliquen y para que crezcan, y para que podamos decir, como lo dijeron hoy en la primera lectura de la Misa, con palabras del Profeta Isaías: "Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa; el páramo será un estanque; lo reseco, un manantial".

24

TRINIDAD FIGUEIRA



En el proceso de organización político-territorial de la República, la Provincia del Yaracuy fue constituida en 1855. El Congreso sancionó la Ley el día 15 de marzo y el Presidente José Tadeo Monagas le puso el ejecútese el día de su onomástico, 19 de marzo. De la antigua Provincia de Caracas habían venido separándose, por crecimiento natural y lógico, varias de las provincias que fueron tomando personería en nuestro devenir histórico: La de Carabobo, una de ellas, fue a su vez desmembrada por la creación de la provincia de Barquisimeto; y etapa natural de culminación de este desarrollo fue la creación de la Provincia del Yaracuy, para la cual se tomaron, como lo indicaba una imposición geográfica, los cantones Yaritagua y San Felipe, de la Provincia de Barquisimeto, y el cantón Nirgua, de la de Carabobo. A fines de marzo de 1859, el General Ezequiel Zamora, después de la batalla librada el 23 de marzo en El Palito, en la cual salió vencedor sobre las fuerzas del Gobierno, en vez de atacar a Puerto Cabello, resolvió por escasez de sus fuerzas venirse a San Felipe y allí proclamó el Estado Yaracuy, el cual tuvo entonces duración efímera pero fue ratificado después. La proclamación definitiva del Estado Yaracuy sucedió a la desocupación de las tropas del gobierno central y el Gobernador de la Provincia el 3 de abril de 1863. Convocada por el Mariscal Juan Crisóstomo Falcón la Asamblea Constituyente que se reunió el 24 de diciembre de 1863 y que promulgó la Constitución de 1864, tuvo entre sus integrantes natos a los Diputados del Estado Yaracuy, cuya existencia era un hecho establecido para cuando la Constitución federal fue sancionada. Más tarde, en las diversas modificaciones del régimen político territorial, el Yaracuy perdió su autonomía, viniendo a quedar repartido de nuevo entre los Estados Lara y Carabobo, hasta quedar definitivamente constituido a través de la Carta Fundamental promulgada el 5 de agosto de 1909.

De moderada extensión territorial, integrado principalmente por los valles de los ríos Yaracuy y Aroa y por la zona de Nirgua, el Yaracuy se caracterizó por su intensa actividad agrícola, por la riqueza de sus suelos y por la bondad de su gente. La vida trans-

Numerosos maestros y maestras han honrado al Estado Yaracuy a través de una labor continua, en la forja de las nuevas generaciones. El Bachiller Trinidad Figueira, nacido precisamente el año del Decreto de la Instrucción Primaria, Obligatoria y Gratuita, a saber, 1870, a lo largo de sus ochenta y seis años de existencia se convirtió prácticamente en un símbolo, representativo de tantos otros que colaboraron con él o a quienes él contribuyó a formar. El autor de este libro estudió en el plantel que él dirigía, el célebre Colegio Montesinos, nombrado así en homenaje al educador tocuyano Egidio Montesinos, el primer y segundo grados de la instrucción primaria, con el maestro Carlos José Paiva, siendo Vice-Rector el Bachiller Federico Quirós R. Sirvan las líneas que vienen de inmediato como reiteración de un testimonio de reconocimiento.

curría en medio de circunstancias que más pueden calificarse como de austeridad que de bonanza, pero en medio de ellas surgió un conjunto de personalidades que fueron columnas positivas en el balance de la nacionalidad. De ahí que Don Pedro Sosa, el autor de la letra del himno regional, escribió en la última estrofa del mismo:

*Elementos contengo prolijos,
honra y prez de mi noble existencia:
en la paz, en la guerra, en la ciencia,
porque en todo culminan mis hijos.*

Educador de varias generaciones, consagrado por entero durante toda su vida a la enseñanza, el maestro Trinidad Figueira, "el Bachiller Figueira" como se le conocía por antonomasia, fue recogiendo a través de una labor constante, modesta y silenciosa, el testimonio de respeto al maestro que hoy le consagra la posteridad.

Según datos que aporta su biógrafo, el señor Pablo Mendoza Reyes ¹, Trinidad Figueira nació en Albarico, Distrito San Felipe del Estado Yaracuy, el año de 1870, el día de la Santísima Trinidad. A los dieciocho años era estudiante de Bachillerato en el Colegio Federal que dirigía nuestro abuelo, médico, educador y agricultor, el Doctor Plácido Daniel Rodríguez Obregón; pero ya para entonces comenzó a ejercer la docencia, en una escuela primaria del caserío "La Venta", desde donde empezó a recorrer, siempre en actividad de maestro, gran parte de la geografía del Estado. Fue Director de la Escuela Federal de Cantarrana, Director de la Escuela Federal de Punta Brava, Director de la Escuela Anexa al Colegio Nacional de Varones, diurna y nocturna, en San Felipe. Funda y regenta en Aroa desde 1890 hasta 1896, la Escuela Bolívar; y después se traslada al Distrito Bruzual, donde funda el Colegio "Rivero", así nombrado en honor de nuestro bisabuelo, Don Agustín Rivero, quien lo había patrocinado desde su ingreso a la enseñanza. El Colegio Rivero que se estableció originalmente en Campo Elías, después pasó a Chivacoa y finalmente a Guama. De nuevo en San Felipe, fue Vice-Rector del Colegio Federal, fundó en 1905 el Colegio Figueira, fue el primer Director de la Escuela Federal Graduada Padre Delgado, y finalmente fue Rector del célebre "Colegio Montesinos", fundado por decreto del Presidente del Estado, General Juan Victoriano Giménez, el 19 de diciembre de 1916 y mantenido en pie hasta 1925. Discípulos del Colegio Montesinos han llegado a ocupar merecida figuración en la cultura nacional, y es doloroso anotar que el proceso de involución que se realizó en

el país hizo que durante algún tiempo, desaparecido el Colegio Montesinos, no hubiera en todo el Estado Yaracuy un solo establecimiento de Bachillerato. Más tarde, cuando volvió a establecerse un Colegio Federal, el Bachiller Figueira continuó en la docencia, de la cual fue finalmente jubilado en el año de 1936.

Contrajo matrimonio con Doña Ramona Guédez Quiroga en el año de 1901. Nacieron de su unión tres hijos. Recibió en vida especiales distinciones, como la Medalla de Honor de la Instrucción Pública, condecoración destinada a los educadores y hombres de cultura, posteriormente transformada en la Orden Andrés Bello. Fue objeto de numerosos actos de reconocimiento, y al instituirse el Día del Yaracuy, se realizó un acto especial en su homenaje, en la ocasión en que cumplía sus bodas de oro con la enseñanza, a través de un diploma honorífico que me correspondió entregarle en nombre de la Casa del Yaracuy.

De entre las palabras pronunciadas entonces, recojamos aquí las siguientes:

“Nos queda otra satisfacción a los yaracuyanos que celebramos el día de nuestra patria chica: la de que nos colocamos muy en alto al hacer nuestra celebración a través de un acto cultural; más aún, al escoger ese día para honrar un alto valor del magisterio yaracuyano. Nuestra tierra, que ha tenido el orgullo siempre de ser una tierra campesina, pues en el campo está lo más sano, lo más sufrido y al mismo tiempo lo más esperanzador de Venezuela, se nos presenta hoy también como una tierra de maestros. Trinidad Figueira, como Federico Quirós, como Carlos J. Paiva, son representativos valiosos, condecorados con el más alto galardón que la República otorga a sus institutores, de toda esa serie de almácigos de la educación que el Yaracuy ha visto formarse con paciencia y entusiasmo, dedicándoles la más noble de las labores. Es necesario pensar lo que significaría sostener un plantel de educación, un establecimiento de enseñanza secundaria en la Provincia, en la época en que empezó sus tareas el Bachiller Figueira. Todavía hoy, ¡cuántos dolores, cuántas angustias no se padecen para poder cumplir esa labor! Labor callada, labor sin alicientes materiales, la del que siembra la cultura en las profundidades de la tierra, labor gloriosa, labor indispensable para que las generaciones acumulen unas a otras las nociones fundamentales de la civilización y de la ciencia.

“Nada más justo, pues, que tomarle como nuestro más alto representativo para dedicarle la primera celebración de este primer Día del Yaracuy.

... “El Bachiller Figueira, pues, al escoger la carrera dura y abnegada del magisterio, ha podido tener esta merecida recom-

pensa. Hoy vemos aquí repleto este local y palpamos el entusiasmo con que se le destaca como figura digna de nuestro reconocimiento. La sinceridad y la justicia presiden la celebración de este homenaje”.

El Bachiller Figueira murió en San Felipe el 30 de marzo de 1956. En su ciudad natal le han sido rendidos honores estatuarios. El bronce venció su modestia y perenniza su recuerdo.

NOTA

1. Pablo Mendoza Reyes, *Cronológicas. Un eminente y abnegado educador yaracuyano: el Bachiller Trinidad Figueira*, Caracas, 1953.

25

PEDRO DEL CORRAL



Entre las figuras que han ocupado papel relevante en la política venezolana de este siglo, un puesto singular le corresponde al eximio médico, investigador científico y noble ciudadano que ha sido Don Pedro Del Corral. Presidente del Partido Social Cristiano COPEI desde su fundación, en los tiempos difíciles de 1946, su palabra y su conducta han sido impecable y constante ejemplo y llamado vibrante a la honestidad, a la honradez y al sacrificio por el pueblo. Unido estrechamente por los lazos de una amistad cada vez más íntima y penetrado de una profunda admiración por su figura, el autor le rindió el homenaje que se expresa en las siguientes páginas, en la oportunidad de cumplir sus ochenta años. Sin exageración, podemos afirmar que el doctor Del Corral constituye, por más de una razón, una figura de relevancia extraordinaria, no sólo para la Democracia Cristiana venezolana, sino para la democracia cristiana mundial y para la política latinoamericana, de cualquier signo y característica.

Tiene muchos motivos el doctor Pedro Del Corral, venezolano fervoroso y acendrado cristiano, para dar gracias a la Providencia al celebrar sus ochenta años de existencia. Son ochenta años vividos en el bien, en la fe y en el servicio a su familia y a su pueblo.

Nació en Chaguaramas, en plena sabana guariqueña, el 27 de abril en 1895. Aquella fecha tenía muchos recuerdos para Venezuela. Se cumplían cinco lustros del día en que el doctor y General Antonio Guzmán Blanco entraba peleando en Caracas, con las banderas del liberalismo y la Federación, recuperando el poder perdido por los federales el 68 con el viejo José Tadeo Monagas e implantando un poder personal que, surgido del mismo caos de las revueltas intestinas, trató de darle un barniz de relativa modernidad al aparato del Estado.

Casi veinte años había durado el papel hegemónico del Ilustre Americano. El 27 de abril fue celebrado durante mucho tiempo como una efemérides nacional. Pero justamente en esa misma fecha, en el decimonoveno aniversario de la Revolución de Abril se iniciaron los acontecimientos que dieron fin a la era guzmancista. Fueron los sucesos del 27 de abril de 1899 los que sirvieron de fundamento a la renuncia que desde París presentó el hasta hace poco caudillo omnipotente, del cargo que ejercía como Enviado Extraordinario, Ministro Plenipotenciario y Agente Fiscal de la República ante las Cortes Europeas.

Cuando nació Pedro Del Corral, ya el guzmancismo había pasado al juicio de la historia y se encontraba gobernando otro gran caudillo liberal, Joaquín Crespo, cuya fama provenía de su arrojo y prestancia personal, nacido también en la sabana guariqueña, y formado en los Llanos, que fueron teatro de su acción y escenario imprevisto de su muerte.

Este Pedro Del Corral, llanero siempre por la sencillez de su trato y por la amplitud sin repliegues de su espíritu, entrañablemente guariqueño, transido de fe venezolana, se forjó en dura brega con la realidad nacional; luchó, aprendió, dirigió, y siempre abrigó la convicción de que un nuevo destino habría de iluminar la vida de Venezuela.

Participó, muchacho aún, en las jornadas de lucha que el estudiantado universitario libraba para sacudir el espíritu aletargado de la patria. Joven profesional, no estuvo exento de la controversia violenta que caracterizó nuestro siglo XIX, y se proyectó hasta bastante entrado el siglo XX. Una confidencia que sólo pudimos arrancar a través del diálogo de intimidad en las interminables y azarosas jornadas de la acción política, nos reveló que él también, hombre de noble espíritu y acendrada cultura, supo de las furias desatadas que compitieron con el paludismo en el empeño de arrancar vidas a la población interiorana y guarda calladamente en su cuerpo la herida de una bala, de esas tantas que se dispararon en quién sabe cuántas estériles refriegas que se sucedieron en el llano antes de que lograra proyectarse la nueva imagen de la patria con un mensaje civilizador.

De sus compañeros de generación; de las promociones médicas que lo conocieron en el laboratorio; de los amigos que lo vieron ejercer en la apartada y solitaria provincia; de los pacientes que acudieron a él en el Hospital Vargas, en la Clínica Córdoba o en la Clínica Maracay; de los colegas que compartieron sus esfuerzos de superación en el Instituto Tropical de Hamburgo, en los Hospitales de París o de Viena, en los cursos donde se enseñaban las técnicas que Italia comenzaba a oponer victoriosamente al flagelo del paludismo, hemos escuchado exultantes referencias sobre sus grandes méritos científicos. Abundan lenguas para elogiar su inteligencia, su devoción al estudio, su voluntad empeñosa de servir.

Puesto a escoger una especialidad en su carrera no pudo sustraerse a la atracción de la malariología. Estaba presente en su ánimo el testimonio del llano, destruído por las fiebres palúdicas, la vocación del servidor social, buscando el mejor modo de ser útil a su pueblo. Y no deja de ser extraña circunstancia la de que al fundar su hogar, modelo de afecto, de rectitud y de toda clase de virtudes, escogiera la hija amada del ilustre músico que, nacido en La Guaira, formado en Caracas y ganado sentimentalmente por las cumbres montañosas de la cordillera ecuatorial, se significó especialmente como autor del famoso joropo *Alma Llanera*, insuperable expresión de las sabanas, mencionado con frecuencia como nuestro segundo himno nacional. El Llano apadrinó de esta manera, por vías inescrutables del destino, la familia que fundó con su insigne y honorable compañera Doña Laura Gutiérrez Alfaro.

Amante de la buena música, dotado de amplia cultura, viajero infatigable en el afán de conocer mejor, no sólo su propia tierra, sino las naciones hermanas de América Latina y de Ultramar, Pedro Del Corral ha sabido mantener incommovibles las creen-

cias robustas de su primera formación: impregnadas con el sentido de bondad y permanente disposición a la entrega por el prójimo que caracterizó a su maestro, aquel humilde y manso sacerdote y después esclarecido obispo, que en vida se llamó Sixto Sosa.

Sin haber sido durante medio siglo ni un político activo, ni un teórico de la política; sin haberse entregado previamente a la elaboración de tesis doctrinarias, su pensamiento, su corazón, su amor a la patria, su arraigada obsesión por la justicia y su deseo de contribuir sin reservas a la construcción de una Venezuela mejor, lo hicieron decidirse, quemando las naves, a la más noble empresa de su vida: la fundación y conducción del Partido Social Cristiano COPEI.

Cincuenta años tenía Pedro Del Corral cuando se fundó el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) que, rápidamente, por la fuerza misma de los acontecimientos históricos, vendría a convertirse en el Partido Demócrata Cristiano de Venezuela. El no fue reclutado para que militara en el partido, ni nadie tuvo que tomarse la tarea de convencerlo para formar filas en el movimiento. El no llegó a las primeras reuniones en actitud de curioso, a ver qué era lo que se cocinaba en el diálogo fecundo que debía poner en marcha el partido. Del Corral fue verdaderamente de los primeros en encender la mecha de la fe partidista, de los más activos en buscar adeptos, de los más persuasivos para convencer a otros de que había llegado el momento definitivo de estructurar, con segura respuesta popular, la organización política que se había venido gestando a través del esfuerzo de un grupo de jóvenes, con quienes se sentía identificado desde tiempo atrás, a pesar de la distancia generacional y cuyos pasos venía siguiendo con afectuoso celo a través del decenio, a veces convulso y a veces estático, pero innegablemente renovador, transcurrido desde diciembre de 1935 hasta octubre de 1945.

Cuando fui designado Procurador General de la Nación, a raíz de los acontecimientos del 18 de octubre, el doctor Del Corral vino a verme, no porque yo le pidiera su valiosa ayuda, sino porque creyó de su deber impulsarme a dar el paso que a su modo de ver no tenía espera. El fue uno de los que tuvieron desde el primer momento la visión clara de que la fundación del Partido no era una descabellada aventura, sino la respuesta al anhelo de vastos sectores nacionales y la fórmula con mejor derecho y opción para representar y guiar a nuestro pueblo.

Cuando aceptó la unánime elección que en él fue hecha, para Presidente Nacional, sabía muy bien que no era tanto el honor

que se le confería como la responsabilidad que se echaba sobre sus hombros: una carga que, si algún día debía producir satisfacciones, iba a estar llena de penalidades y preocupaciones, amarguras y sufrimientos. Recibió el encargo con altiva dignidad ciudadana; y las canas que ya precozmente imponían mayor respetabilidad a su semblante fueron, desde el 13 de enero de 1946 y ya por casi treinta años, el mejor ejemplo, la más noble presea, el símbolo más puro de la idealidad social-cristiana.

Desde que asumió la Presidencia del Partido, su profesión —la Medicina, que había ejercido con tanto sentido social— pasó a segundo plano ante la preeminencia de un deber mayor. Su familia, objeto de un amor entrañable, tuvo que someterse a sus ausencias en las campañas del partido, a la angustia de las persecuciones, a la amargura del vejamen, a los rigores de la cárcel.

La mayoría de sus compañeros éramos menores que él veinte o más años. Él era, a nuestro lado, como el representante más esclarecido de una generación a la que no le permitió la Providencia dar todo cuanto tenía de sí en la recuperación de la República. Largos y asoleados caminos, tierra calcinada en interminables polvaredas, ríos fuera de cauce que era necesario atravesar, no constituyeron nunca obstáculo infranqueable para que él ejercitara su acción efectiva en la fundación u organización de seccionales del Partido. El compartió íntegramente las pedreas y atropellos con que se trató de silenciar nuestra voz cuando convocábamos al pueblo a escucharnos. El supo también del insulto soez, de la calumnia miserable y de la tergiversación interesada que pretendieron deformar nuestra fisonomía a los ojos del pueblo. En interminables etapas en las que a veces nos era escaso el tiempo hasta para probar un bocado; en variados escarceos en infinitas intrigas o en momentos de serio peligro, él levantó su voz como un verdadero abogado de la justicia y del derecho. Dignificó con sus huesos los lúgubres calabozos de la prisión del cerro del Obispo y alentó con su erguida postura el ánimo de quienes compartieron con él las celdas y atropellos pero también las esperanzas que esos abusos no lograban destruir, en la célebre “Seguridad Nacional”.

En el seno de COPEI, durante estos treinta años, Pedro Del Corral ha sido una figura inmaculada. Su palabra ha resonado para indicar sin esguince el más recto camino. Su bondad sólo ha sido sacudida por la ira cuando ha necesitado pronunciar como el Maestro en el libro sagrado, el apóstrofe contra la incorrección o contra cualquier impropiedad. Su mensaje ha sido siempre de unidad, para conjurar como el Apóstol en su carta a los Corintios a tener “todos un mismo sentir”, y para conminar como él, en términos equivalentes: “no haya entre vosotros disensiones;

antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir". Ha amado a los jóvenes con señalada deferencia; pero, por lo mismo, no les ha adulado para ganar su simpatía, sino que les ha recordado con la palabra y el ejemplo, el más exigente y recio deber.

Llega a los ochenta años con un envidiable vigor físico y con una extraordinaria lucidez mental. Y así como durante los años del Gobierno no quiso para él ninguna posición, ni durante los treinta años de ejercicio de la Presidencia del Partido ha aceptado ninguna recompensa, tampoco en esta circunstancia ha querido admitir el que se le hagan todos los homenajes que merece, aun cuando se le ha expresado que esos homenajes, más que para rendirle tributo a quien ya tiene ganada una altura tan grande que no se le puede hacer mayor, son para acicate y estímulo a las actuales y futuras generaciones.

Sabemos que a él le basta con dar gracias a Dios, por haberle dado una noble vida, por haberle proporcionado una hermosa familia, y por haberle permitido ocupar una posición de primera línea en la creación de una nueva Venezuela. Esto le satisface y colma su única ambición: la de estar en paz con su conciencia. Pero destacar su figura; señalar ese molde para la fragua en que se están plasmando los venezolanos del mañana, no sólo es un deber de gratitud, no sólo es un imperativo de estrecha amistad, no sólo es un deber de justicia: es, más todavía, un acto de pedagogía cívica. Es una viva lección para las juventudes de América Latina la transferencia de su obra —perennizada ya en los hechos— al acervo moral de la Nación y de todas las naciones hermanas, pues hoy se necesita más que nunca robustecer la fe en los valores del espíritu y verificar en carne y hueso la diáfana presencia de las normas éticas en la vida de hombres y de pueblos.

